

EL REGRESO DE LOS PATRONOS

EDUARDO HARO TECGLEN

El "golpe de Eanes" se va configurando. Alfredo Nobre da Costa, nombrado por él jefe de Gobierno, es un hombre de su confianza. Es algo más. Es un hombre que "desprecia la política", que critica "los políticos de salón" (dice el periodista portugués José Rebelo). Responde, por lo tanto, a una característica clásica de los estados que comienzan a apartarse de una manera vergonzante de la democracia, conservando como pueden sus fórmulas y sus caracteres externos. Pueden ir, pronto, más allá. Tratarán de limitar los partidos políticos, si no piensan que es conveniente anularlos o disolverlos, perdiendo definitivamente el aspecto democrático. Hay quien lo pide en Portugal: "Los partidos no estuvieron a la altura de su misión", se dice en editoriales portugueses ("O Tempo", derechas), y ya los partidos olfatean que todo el movimiento va contra ellos: "Esperamos que todas las fuerzas democráticas sabrán unirse para defender la democracia que un Gobierno, por encima de los partidos, pone en peligro", dice la UDP; los comunistas consideran que Nobre da Costa "no presenta las características que juzgamos necesarias para resolver la crisis; y el que va naturalmente más allá de todo es el despedido, amargo, utilizado y despedido Mario Soares: el Presidente Eanes ha "violado la Constitución", concretamente el artículo 190, que obliga al Presidente de la República a que el nombramiento de jefe de Gobierno se haga "teniendo en cuenta los resultados electorales". Nobre da Costa es una personalidad naturalmente ajena a cualquier resultado electoral pasado: no tiene partido. No era apenas conocido. "Es la primera vez que hemos oído hablar de esta personalidad", dice Sa Carneiro, cuyo partido, sin embargo, le apoya (PSD) con algunas condiciones: que el Gobierno esté constituido por independientes y por dirigentes políticos de los partidos (entre los cuales estaría el propio Sa Carneiro).

No es extraño que se evoque a

De Gaulle (como lo hace "Le Fígaro", de París) en el movimiento de Eanes. El general De Gaulle dio su golpe vergonzante en 1958; despreciaba la política y los políticos, incluso el cargo de Presidente de la República que le parecía escaso para él: lo reformó cambiando la Constitución, al mismo tiempo que reducía el parlamentarismo y el régimen de partidos, ahorrando al Senado, centrando los poderes en una sola persona. Hace ya diez años que desapareció, pero la derecha francesa no ha abandonado jamás las posiciones conquistadas en esa modulación más estrecha, más fina, de la democracia, y Giscard, asumiendo una personalidad aparentemente opuesta a De Gaulle —civil, discreto, sencillo, ajeno a la escenografía de la "grandeur"— sabe utilizarla. En la política hay modas, como en todo. Hubo un tiempo en que todo joven político aspiraba a ser Kennedy, ha habido otro en que se imitaba a De Gaulle. Si el patrón Kennedy hoy apenas interesa, el patrón De Gaulle sigue siendo una ilusión. De Gaulle destacaba primeros ministros técnicos, por encima de los partidos, mientras pudo. Apareció una tecnocracia, que aparecería también en España (Opus Dei).

Nobre da Costa es un tecnócrata. Un "hombre de acción", "competente, práctico, pero también implacable", dice la agencia portuguesa ANOP (gubernamental). Es ingeniero, especializado en mecánica en Londres, y desde los veintiseis años está dirigiendo industrias, presidiendo Consejos de Administración. Ha tenido un paso rápido —diez meses— por el primer Gobierno de Soares, como ministro de Industria. Es partidario de tomar decisiones, aunque tengan el riesgo calculado del error: "Vale más tomar diez decisiones, incluso si tres resultan malas, que no tomar ninguna". Se sabe lo que es un tecnócrata, lo que es la tecnocracia. Es un sistema político que supone que la ciencia y la técnica informan la vida moderna hasta el punto de que los políticos y los ideólogos no la dominan, no tienen la sabiduría necesaria: los

gobiernos de especialistas y técnicos pueden producir un progreso de tipo neutro que iría en beneficio de la nación y que haría inútil e innecesaria la lucha de clases. Exista la respuesta de que la tecnocracia es una forma más de la lucha de clases, puesto que los técnicos salen de las clases privilegiadas de la sociedad, que son las que tienen acceso a la educación superior, y son premiados y estimulados por el capitalismo, que les entrega salarios elevados, participación y opciones para fundar empresas, de forma que estarán siempre al servicio de esos grupos y no del bien común. La tecnocracia es un intento más de la clase dirigente para eliminar



Nobre da Costa: un tecnócrata, "hombre de acción", competente y práctico, pero también implacable.

partidos políticos, lucha de clases, gobiernos mayoritarios... En resumen: es una forma de la derecha que limita la democracia.

Alfredo Nobre da Costa parece responder a estas condiciones. De su primer puesto —una fábrica de cementos— fue rápidamente reclutado por uno de los grandes financieros portugueses, Antonio Champalimaud: sus complejos industriales se consideraron como la base económica del régimen de Salazar. A la sombra del gigante Champalimaud dirigió la Siderurgia Nacional, la rama portuguesa de

Efases —una electrónica multinacional—, y ese cargo tenía cuando se produjo la revolución de abril: Champalimaud huyó al exilio, y muchos de sus tecnócratas fueron depurados. Pero Nobre da Costa permaneció, por las mismas virtudes que ahora se alegan en su favor: se había limitado a cumplir con enorme eficacia su trabajo, estaba por encima de la política. Se añadía, entonces, que era "políticamente independiente e intelectualmente liberal": se sigue diciendo lo mismo. Pero en el Gobierno socialista de Soares, al que accedió por estas mismas condiciones, tuvo enfrentamientos con la política gubernamental: se oponía a la socialización de sectores de producción, insistía en que las empresas bajo control del Estado —o en las escasas en que había aún "comités de gestión"— debían mandar los antiguos patronos. Es su forma de política: considera que el que está dotado para mandar —como él— debe ser ocupado en ello. Y que nadie defiende mejor la producción que el propietario. Pero no ha renunciado a la dirección de empresas nacionalizadas, a la administración de Estado. Por eso la derecha aún tiene ciertas reticencias con él. No olvidemos que la derecha, sobre todo en Portugal, es insaciable. Este pasaporte que creyó Eanes que sería suficiente, el de haber pertenecido a un Gobierno socialista, aparece rechazado: los socialistas le acusan, la derecha lo considera como un pasmado equivocado. Lo cual es una forma más de presión para que no cese en sus condiciones.

El retrato corresponde enteramente a esta mitología: los partidos fracasan, la economía se hunde, el sector social se agita, la derecha conspira, la Iglesia se alza, los militares se quejan. Luego hace falta un hombre de mano firme, que ofrezca un rostro sereno, una mirada hacia el futuro y un considerable desprecio por cuanto sucede. No es extraño encontrar restos de esta mitología incluso en la prensa española. "Ningún grupo político, socialista u otro, se puede eximir, sin embargo, de su responsabilidad de anteponer los intereses nacionales a los partidarios en un momento crítico y urgente para el país, como



Responsabilizar a la izquierda del "caos" anterior y actual equivale a culpar a los claveles de la existencia del invierno.

todos reconocen que se encontraba Portugal", escribe en un editorial "El País", después de haber hecho constar que la decisión de Eanes "al nombrar primer ministro a un hombre de su entera confianza, pero extrapartidario, ha sentado un precedente que puede ir precisamente en contra de esa voluntad popular expresada en las últimas elecciones". "Informaciones" escribe: "Un sólido economista, con experiencia de gobierno, va a intentar sacar a su país de la más profunda bancarota registrada en Europa desde la segunda guerra mundial, con una inflación galopante de cerca del 40 por 100, un tremendo endeudamiento exterior y un paro del 13 por 100, el segundo de Europa tras Yugoslavia. Se trata de salvar una nación. Sólo un rechazo rotundo por parte de la izquierda supondría automáticamente un fracaso del intento, al boicotarlo los sindicatos. Si la cooperación se consigue, un éxito, aún parcial, no es imposible. Y de este compás de espera saldrá un Portugal robustecido, a falta de que las urnas puedan, al fin, dar una posibilidad clara de gobierno a un partido mayoritario". El editorialista de "ABC" decide por sí mismo que "el Presidente Eanes ha resuelto y decidido en riguroso respeto a la Constitución", y que si la izquierda, por vía sindical o en términos de orden público, rechaza este nombramiento, bloqueará "los mínimos de estabilidad política y de equilibrio económico que el país

necesita, en condiciones poco menos que de apremio, para consolidar su democracia".

Lo que no aparece con tanta claridad, si Nobre da Costa se confirma —cuando se escriben estas líneas, Eanes y él mismo están tratando de evitar el bloqueo parlamentario de los partidos políticos, quizá por la fórmula de consenso que es la presión de que todo podría ser peor—, puede ir más allá que un "compás de espera" hasta que las urnas den un partido mayoritario. "No he aceptado este trabajo con la idea de dejarlo dentro de una semana", ha explicado Nobre da Costa, explicando que su programa va a ser a largo plazo, para restaurar las finanzas de la casa —Portugal— mediante un sistema también clásico: "poner el país a trabajar" (declaraciones recogidas por United Press), lo cual no concuerda con la forma estatal de presentar el caso como una transición.

La izquierda se encuentra en una trampa considerable. Se la ha responsabilizado del "caos" anterior y actual: se la responsabiliza ya del caos posible —de derechas o de izquierdas: de golpe de Estado violento o de desorden y miseria— si bloquea esta salida. La forma constitucional de Portugal requiere que, una vez formado el Gobierno, su jefe exponga el programa ante el Parlamento. No necesita un voto de confianza, pero podría tenerlo de censura, en el caso de que un partido lo rechazase expresamente. En este caso,

el Jefe del Estado designaría un nuevo jefe de Gobierno. Si por tres veces la Cámara rechazase la designación, la Asamblea quedaría disuelta automáticamente, y se convocarían elecciones generales. Pero el Jefe del Estado no necesita dejar que la situación se pudra por sí misma. Puede, en cualquier momento, disolver la Asamblea y convocar elecciones anticipadas: sólo necesita para ello el acuerdo del Consejo de la Revolución. Que está compuesto por militares que en su mayoría apoyan a Eanes. Aunque puede considerarse la cuestión de una manera inversa: es Eanes el que está apoyado por esta mayoría de militares, y es el Consejo de la Revolución el que ha planteado esta crisis hecha desde arriba —Soares, despedido—. Es decir, la izquierda se tiene que enfrentar con la responsabilidad del "bloqueo", de la precipitación en el caos —en cualquier caos— y de la convocatoria de unas elecciones en las que no tiene mucha confianza. Hay quien sospecha que Eanes ha emitido el nombre de Nobre da Costa para ir quemando a la izquierda y al Parlamento, con la idea de que vaya a ser rechazado, de la misma forma que antes de su nombramiento dio un plazo a los partidos para que se pusieran de acuerdo entre sí, sabiendo que esto era imposible. Eanes iría así apurando la urgencia de la situación y la tragedia de la crisis hasta llegar a un punto en el que los partidos aceptarían cualquier cosa y entonces

surgiría su verdadero candidato, que podría ser un militar. Puede ocurrir. Pero lo más probable es que apoye a Alfredo Nobre da Costa hasta el final.

Lo que sobrenada de todo esto es la fórmula tantas veces empleada, y siempre defendida por los enemigos de la democracia, de que cuando las fórmulas parlamentarias y el régimen de partidos falla por el boicot continuo de sus contrarios, la solución no consiste en defender Parlamento y partidos de los ataques que se le hacen, sino hundirlo e inclinar el poder a sus contrarios, a los autores del boicot. Se podría retroceder a evocar la imagen de la República española de 1931 a 1936, pero hay ejemplos más próximos: la rotura de la democracia por el peronismo en Argentina no incitó al restablecimiento de una democracia real contra el peronismo, sino a una dictadura. El destroz de la democracia de Allende en Chile por una acción incesante de la derecha no llevó a la fuerza a defender la democracia, sino a otra dictadura.

La izquierda en Portugal ha estado sometida a un continuo desgaste. Interior —la guerra entre socialistas y comunistas— y exterior: la presión de un Ejército que fue previamente expulsando, cincelando o apartando a los militares que tuvieron condiciones revolucionarias —es decir, que fueron más allá de lo previsto en el golpe de abril—, la de una Iglesia que en ningún momento y en casi ningún caso ha aceptado la democracia, y la de un capital —incluyendo la extensa clase media— que al defenderse contra las nacionalizaciones, la autogestión y la "revolución social" prometida por la revolución ha impedido el desarrollo de la economía. Atacada por todos estos sectores —que fácilmente, cuando llega la ocasión, se conciertan en uno solo—, la izquierda tuvo que ir limando todos sus programas económicos hasta encontrarse no ya hundida, sino despedida. Y aparece en el horizonte no ya la derecha, sino la limitación de la política democrática. La representa Eanes, la representa por ahora Nobre da Costa. Que todo ello aparezca como una defensa de la democracia, no es más que una fórmula verbal corriente.

Que todo ello provoque la reflexión de los españoles: que se sepa en qué borde está, también, nuestro país. Será útil para revisar actitudes de abstencionismo, abandono o desencanto. ■